

Cristología

CRISTOLOGIA TRINITARIA DESDE AMERICA LATINA

Virgilio Zea, S.J.*

I. CRISTO LIBERADOR DEL HOMBRE

Poco antes de la lapidación de Esteban, refieren los Hechos de los Apóstoles que, éste, hincando la rodilla, "Lleno del Espíritu Santo, vió los cielos abiertos y a Jesús de pie a la derecha de Dios" y exclamó: "veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios" (1). Existe un paralelismo entre lo que Lucas refiere de Esteban y las afirmaciones de Jesús ante sus jueces. "En adelante el Hijo del hombre tendrá su puesto a la derecha del Poder de Dios". Más dicente aún es el texto de Mateo: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, escoltado de sus ángeles tomará puesto en su trono de gloria. Delante de él serán reunidas las naciones..." (2)

En todos los textos mencionados afirma la comunidad cristiana que, en un personaje que conmovió su historia por sus enseñanzas, por su vida, por la experiencia de Dios que hizo posible, pero al fin personaje concreto, limitado, allí encuentra

su sentido la historia. Que este hombre, el que fue condenado a morir en una cruz, será el juez de todas las naciones.

Lo que ellos quieren expresar se podría traducir en otra forma el día de hoy: en la persona de Jesús se encuentra el sentido de lo humano, el camino para hacer posible la construcción y la liberación del hombre en la justicia. En Jesús existe el dinamismo capaz de hacer saltar la historia y de transformarla.

Con el deseo de contribuir a crear una Cristología Latinoamericana, queremos entablar un diálogo con el libro "Cristología desde América Latina" y su Autor, JON SOBRINO. El ha hecho patria suya esta América. Los nacidos aquí vibramos también con los problemas de nuestras naciones y como teólogos queremos dar un aporte a la construcción de una teología más nuestra, reflexionada desde el grito de angustia que sacude al Continente que busca caminos hacia el humanismo verdadero (3).

* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Profesor de Teología Fundamental, Facultad de Teología, Universidad Javeriana.

(1) Hechos 7, 55

(2) Mt 25, 31

(3) J. SOBRINO, "Cristología desde América Latina", Ediciones CRT, México 1976.

Hacemos nuestra la intención del Autor que quiere una Cristología "operativa" y un Cristo Liberador. Sentimos profunda complacencia al ver cómo penetra cada vez más el estudio de la Cristología a partir de la persona de Jesús de Nazaret (4); pero queremos mostrar que la Cristología se hace más fuerte en su exigencia de seguimiento e imitación de Jesús, cuando se fundamenta, a partir de hoy con referencia a Jesús, en las que el Autor llama "verdades límites": unión hipostática, divinidad, filiación divina de Jesucristo, etc.

II. JESUS DE NAZARET Y LA CRISTOLOGIA

A todo lo largo de la obra existe una preocupación constante: buscar un punto de partida tal a la Cristología que se eviten una serie de fallas: el caer en el mito, en la "religión", el sacramentalismo, el considerar a Jesús como el Señor, ausente de la historia, por un énfasis excesivo en la figura del Resucitado. Para el Autor "la teología latinoamericana no tiene interés especial en esclarecer para el *entendimiento* problemas tradicionales de teología, como la transubstanciación, o cristológicamente la unión hipostática, la relación entre la ciencia divina y humana de Cristo, etc.". El motivo es claro: "la poca operatividad social directa de cualquier esclarecimiento teológico a ese nivel y, además, y esto es lo más importante, a que en la situación actual del mundo y de la teología, detenerse en esos problemas, dedicarles tiempo y pensamiento, es hacer el juego a un modo genérico de hacer teología, que es poco comprometido y alienante, por lo menos en el sentido de que desvía la atención de los verdaderos problemas" (5).

Al subrayar la palabra "*entendimiento*" hacemos énfasis en la manera como el Autor presenta los problemas cuyo estudio sería "hacer el juego a un modo genérico de hacer teología". Las formulaciones "comunicación de idiomas, unión hipostática, relación de la ciencia divina y humana en Jesús" nos recuerdan una teología intelectualista. Pero a través de esas formulaciones no existía una pregunta más de fondo que quizás se perdía por la misma manera de plantear el problema? Porque la teología partía de la afirmación de una serie de tesis dogmáticas: divinidad de Jesucristo, etc., de la repetición a veces acrítica del dogma de Calcedonia, le era difícil conciliar dos realidades entre las que siempre "juega" la Cristología: la historia de Jesús de Nazaret, con su realismo y dramatismo y la divinidad del mismo Jesucristo. Tomando la divinidad como punto de partida, resulta difícil entender su verdadera humanidad. Esta teología, por carecer de una visión hermenéutica de los problemas, no caía en la cuenta de que:

"En la fórmula de Calcedonia se tiene el interés radical de la desmitologización". El Concilio quiere "poner de manifiesto toda la significación de Jesús de la historia, significación que, en su verdad es asequible únicamente a la fe, no simplemente a las constataciones históricas; precisamente porque no es algo únicamente creatural, sino una realidad divina. El aspecto más importante de la enseñanza de Calcedonia, consiste precisamente en hacemos comprender la filiación divina de Jesucristo a partir de su verdadero ser de hombre" (6).

El hecho de que la teología escolástica posterior al Vaticano I haya planteado es-

(4) El año 1974 participamos en un Seminario organizado por el CELAM, "Dios, problemática de la no-creencia en América Latina" y publicamos un estudio sobre la obra Evangelizadora en el Vicariato de Oriente en Panamá. Allí, por lo menos a partir de 1968, se ha evangelizado con una Cristología que parte del Jesús de Nazaret. Cfr. también "Teología en Marcha", Curso de Actualización Teológica, Panamá 1973, Paulinas, Bogotá.

(5) J. SOBRINO, o. cit., pág. 39.

(6) P. KNAUER, Jesus als Gegenstand kirchlicher Christologie, en "Jesus von Nazareth", Hrsg., J. SCHIERSE, Grünewald, 1972, 164-165.

tos problemas en forma intelectualista, quiere decir que abordarlos hoy es caer en ese mismo error? A nuestro juicio, porque todo el significado de Jesús, porque afirmaciones tan centrales como la resurrección del crucificado no se captan sino en la fe, si Jesús tiene una significación para el hombre de hoy, ella no brota exclusiva o principalmente de la acción concreta de Jesús, sino de la manera tan radical como hizo presente con su persona y con su acción la irrupción del Señorío de Dios como amor. Por la forma como a través de él, Dios se hizo entrega total y absoluta al hombre y nos descubrió que el sentido último y la fuerza transformadora de toda la realidad es el amor. Ahora bien, esto no es posible si Jesús de Nazaret, a través de todo su actuar es solamente la "revelación del camino del Hijo, el camino de hacerse Hijo de Dios". Será posible para una Cristología afirmar: "Jesús no es por lo tanto en sentido estricto la revelación del misterio absoluto, sino la revelación de cómo se responde (7) a ese misterio absoluto, en confianza y obediencia a la misión del reino"?

A lo largo de la obra aparece la tensión entre lo divino y lo humano en Jesús. Da la impresión de que un énfasis fuerte en la filiación divina, el estudio detenido de la misma, ya no en términos funcionales, sino en una dimensión metafísica, al preguntarnos *la razón última* de su aprobación por parte de Dios en la resurrección, fuera a significar necesariamente un abandono del Jesús de Nazaret.

A nuestro entender sucederá todo lo contrario si conscientemente tratamos de mantener la tensión entre lo divino y lo humano. Nuestro punto de partida ha de ser siempre el Jesús de Nazaret, situado en un marco histórico concreto, el del pueblo de Israel con su situación político-social, su conflictividad. Pero sin olvidar, que, ese pueblo fue creado por la "pala-

bra de Yahwe" que, su historia va guiada por una intencionalidad divina que, la historia de Jesús lleva, a quienes lo conocieron, a un cambio en su modo de expresar y de vivir a Dios. El Dios de Abraham se revela en la historia y la experiencia de quien, llamado por Yahwe, dejó la idolatría y la esclavitud de los ídolos, para creer en el Dios vivo (8). A raíz de la historia de Jesús el mismo Dios se vuelve el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el que resucitó a Jesús de entre los muertos. La realidad Padre, no se entiende en su plenitud sino a partir de Jesús. Y en la misma forma, quién es Jesús de Nazaret, por qué puede exigir un seguimiento incondicional, por qué es totalmente humano cuando se enfrenta a la conflictividad de su historia, libre ante los poderes del mundo, por qué entrega su vida como servicio a los demás, sólo es posible porque ese Jesús es, personalmente, el Hijo de Dios.

La acción de Jesús, su respuesta a la problemática de su tiempo no se entienden sino desde su confianza y fe total en Dios, y vive así porque, *siendo Hijo* hace verdad, actualiza su ser de Hijo en las circunstancias concretas de su existencia, en su hacerse hombre, al optar, al ser consecuente consigo mismo y con el Dios en quien cree, al esperar en medio de las tinieblas de la cruz. En una palabra, hace la historia, no es llevado por ella; la vive a partir de su ser de Hijo de Dios y, por esto en la forma más radicalmente humana posible.

No plantearse el estudio de la filiación divina de Jesús en términos que podríamos llamar metafísicos, tal como lo hace el Nuevo Testamento equivaldría a no encontrar una razón válida y sería para afirmar, desde la fe, el por qué del seguimiento incondicional que podemos y debemos dar a un hombre que vivió hace veinte siglos, de quien se confiesa que es el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

(7) J.SOBRINO, o. cit., 104, 105, 219, 305-306, 107.

(8) Josué, 24, Iss.

III. JESUS DE NAZARET: PREEXISTENCIA, FILIACION HACIA Y EN LA HISTORIA.

Todos los textos que en el Nuevo Testamento hablan de la preexistencia de Cristo tienen en sí una doble tensión. Remiten a Dios como al origen del acontecimiento Jesús de Nazaret: "cuando vino la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo". Ese acontecer, nacido de una voluntad de entregarse a los hombres, despliega todo su sentido en la historia, porque el que es Hijo de Dios "nace de mujer para liberar a los que estábamos sometidos a la ley; *"se hace* obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Por eso cuando Juan quiere expresar quién es Dios lo describe desde la historia de Jesús: "Dios es amor y su amor *se manifestó* en que *envió* a su Hijo *para que vivamos* por él" (9).

La carta a los Hebreos presenta el sacerdocio de Cristo a partir de su realidad humana, de su obediencia, porque "aprendió por lo que padeció, lo que es obediencia", porque "siendo Hijo aprendió y llegó a ser para quienes le obedecen principio de salvación eterna". Esta misma carta señala una diferencia entre Jesús y Moisés. Este es el siervo fiel en la casa de su Señor, Jesús es el Hijo en su propia casa (10).

Queríamos expresar esta realidad en una formulación que no tiene nada de poético. Vivir la vida tan humanamente como la vivió Jesús sólo se puede porque se es Hijo de Dios. En la persona de Jesús, el Hijo de Dios, Dios se entrega al hombre tal como es: fuente personal del amor. Jesús, el Hijo de Dios, acepta ese amor para sí y para todos nosotros en su obediencia. Dios es amor que se vuelca sobre el mundo en la creación del hombre a quien llama a la existencia consciente y

creadora, a realizar su historia de crisis, de caída y de búsqueda de plenitud, desde el llamado de Dios. En Jesús, hombre-Hijo-de-Dios, Dios mismo se entrega porque Jesús es el hombre en quien nos volvemos respuesta total al Dios que nos llama, es el hombre en el cual se nos da el poder vivir en el mismo Espíritu de Dios, en el Espíritu de Jesús y, realizar la tarea de ser hombres en libertad y responsabilidad.

Desde esta visión, nunca desligada y que se origina en la historia de Jesús como pregunta sobre él mismo, pero que no se responde sino desde Dios, creemos que se puede explicar la razón de ser de un seguimiento de Cristo que sea, al mismo tiempo, una confesión de Jesús como el Cristo e Hijo de Dios (11).

IV. LAS PERSPECTIVAS DE LA TEOLOGIA EN LA OBRA "CRISTOLOGIA DESDE AMERICA LATINA"

1. Una Cristología 'tradicional'.

Es triste que en América Latina siga *reinando* una cristología Calcedonense mal entendida.

a) Para la visión ordinaria del cristiano Jesús, es sin más, Dios. Un Dios que anduvo por el mundo unos cuantos años, a quien poco afectó el sufrimiento del hombre que, hizo toda una serie de gestos ejemplares, sin que su historia, su acontecer afectara en lo más mínimo su ser de Dios. Dios, eso se da por descontado, es inmutable.

"Reveló" que Dios es Trino en personas y uno en esencia, pero sin que esa "revelación" afecte para nada lo que ya por la filosofía podemos conocer de Dios. Sin que esa revelación tenga una relación especial con la historia de Jesús; al fin de

(9) Gal 4, 4ss. Phil 2, 6-11; 1 Jo 4, 8.15-16.10

(10) Hebr 5, 5-9; 3, 1-6

(11) Jo 20, 30.

cuentas habría sido posible que se hiciera hombre no el Hijo sino el Padre o el Espíritu y nuestra relación con Dios habría sido exactamente la misma.

b) Los Concilios y en especial Calcedonia han tratado de explicar el misterio de Jesús afirmándonos que en él hay dos naturalezas y una sola persona. No se pedía a un catecismo como el del Padre Astete explicaciones hermenéuticas profundas, ni la explicación de la intención más honda de Calcedonia, por eso nos contentábamos con afirmaciones que no responden ni a la intención del Concilio, ni a la del Evangelio.

“Para llevar a cabo la Encarnación del Hijo de Dios, punto de partida de la fe, el Espíritu Santo forma un cuerpo de la carne de María y le infunde un alma y a esa alma y a ese cuerpo se une el Hijo eterno de Dios”. Este actúa en cierto sentido como un ser doble: sufre *como* hombre, pero es impasible *como* Dios. Su historia fue así, pero hubiera podido no ser así. Siendo Hijo de Dios y queriendo redimirnos habría bastado una gota de su sangre para salvar al hombre.

Al recordar las expresiones de esta cristología nos parecen absolutamente válidas las afirmaciones tan fuertes de Sobrino y las denuncias de su obra. Vivimos siempre el peligro del docetismo: hacer de la persona-humana de Jesús y de su historia una pura apariencia. Disolvemos el misterio Trinitario si Jesús es una naturaleza humana que se relaciona con la persona del Verbo, olvidando al Jesús - totalidad - unidad personal - que vive en obediencia a Dios; o si afirmamos que, Jesús en cuanto Dios hace milagros y que se resucita para probar su divinidad. A esta cristología interesa muy poco la perspectiva en que el N.T. presenta la resurrección: “Dios re-

sucitó a su siervo Jesús a quien vosotros crucificasteis” (12).

Esta Cristología ignora casi por completo la exégesis del Nuevo Testamento. No es extraño, por eso que, los cristianos y los sacerdotes afirmen que, *históricamente*, Pedro, en Cesarea de Filipos, confesó, iluminado por Dios, la divinidad de Jesucristo (13). Para ellos poco significan las divergencias de los tres evangelistas sinópticos y menos la afirmación del Concilio Vaticano II: “La verdad se presenta y se enuncia de modos diversos en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, en otros géneros literarios”. Es menos consciente de la dimensión progresiva y fáctica de la revelación: “El Concilio sostiene sin dudar la historicidad de los Evangelios”, pero añade: “después del día de la resurrección los apóstoles comunicaron a sus oyentes estos dichos y hechos con *la mayor comprensión* que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad” (14).

Esta teología que, carece de una dimensión histórica, para la cual “la praxis de Jesús y la praxis salvífica de Dios poco significan” se convierte en una teología de formulaciones en una doctrina y ordodoxia que, con razón es rechazada por la teología de la liberación.

Pero por reacción se puede llegar al otro extremo.

2. Hacia una Cristología operativa.

En Sobrino llama la atención el modo como denuncia el peligro de olvidar al Jesús histórico para convertir a Cristo en un mito; para llegar, por la supervaloración del crucificado, a hacer de la fe una “religión”.

“Lo que interesa recalcar aquí es que en el proceso de interpretación de la

(12) Hech 2, 22ss; 3, 13ss. Cfr. a este propósito el Misal Romano, prefacio del cuarto Domingo de Cuaresma. Se afirma que Jesús, *como* hombre, lloró la muerte de su amigo Lázareo, pero lo resucitó *como* Dios.

(13) Mt 16, 16

(14) D. Verbum, 12, 19.

muerte de Jesús, el mismo hecho de la muerte va perdiendo aristas. Jesús aparece en la muerte como el mártir confiado (Lc) o como el Hijo de Dios consciente de que se está cumpliendo la voluntad de Dios (Jn). El abandono de Dios en la cruz, importante para una reflexión sobre el Dios cristiano ante las cruces de la historia, es desvirtuado" (15).

"Otra forma de desvirtuar la cruz en el NT. consiste —paradójicamente— en reducirla a un misterio poético, pero explicable desde el 'diseño' de Dios y de su valor salvífico para los hombres... La cruz pasa de ser escándalo a ser algo positivo para los hombres. El problema consiste en que la consideración salvífica unilateral sobre la cruz desvía la atención de la dimensión teológica de la muerte de Jesús. Al considerar a la cruz en relación con los beneficios que de ella provienen para el hombre, se ignora la relación de la cruz con Dios mismo. Lo que se debate en el fondo es una concepción de DIOS: le afectó a Dios mismo la muerte de Jesús? Ha llegado la encarnación de Dios hasta el punto de que él también tuvo que ser afectado por la cruz y la muerte?"

"En el Nuevo Testamento se observa un movimiento a esquivar esta pregunta, no eliminándola, sino desviando el interés hacia perspectivas que hiciesen que la cruz de Jesús no fuese un escándalo. Ese escándalo va desapareciendo sutilmente al intentar dar respuesta a dos preguntas: el por qué y el para qué de la cruz (16).

"Al Cristo de la fe, al Señor resucitado, podemos acceder por medio de un acto intencional directo, bien sea la confesión de fe, la doxología, la oración o el culto. Al Jesús histórico, sin embargo sólo se accede, como lo muestran los evangelios, desde una determinada pra-

xis, que en el lenguaje evangélico no es otra que la del "seguimiento".

"Esta tensión entre Jesús histórico y Cristo de la fe... no significa que ambas dimensiones de Cristo y del acceso a él tengan que ser separadas en forma de alternativa. Lo que se quiere indicar al presentar el problema de esta forma, es dónde se da la prioridad lógica".

"Nosotros pensamos que la prioridad lógicase da en la prioridad cronológica, es decir, en el Jesús histórico. Esto quiere decir que es imposible el acceso al Cristo de la fe si no a través del acceso al Jesús histórico, a través del seguimiento" (17).

Ya hemos anotado la validez de la denuncia que hace el Autor: no podemos entender en todo su sentido cristiano lo que significa Hijo de Dios, sino por y a partir de la persona de Jesús, de su actitud ante Dios y ante el hombre. La Cristología deja de ser tal si se convierte en una especulación sobre Cristo en sí que prescindida de la persona de Jesús de Nazaret. La Cristología nació del interés de las Comunidades cristianas por explicar y hacer posible el vivir en el Espíritu el misterio de la persona, del llamado de Jesús de Nazaret y de la revelación de Dios que en él se llevó y se sigue llevando a cabo.

Sin embargo, no entendemos cómo se pueda afirmar que el Nuevo Testamento "trata de reducir la cruz a un 'misterio noético". Aceptamos el punto de vista del Autor según el cual hay una prioridad cronológica del Jesús de Nazaret. Pero creemos al mismo tiempo que más bien que una prioridad lógica del Jesús de Nazaret, hay que hablar de una causalidad recíproca. No podemos llegar al Jesús de la historia sino a través del Evangelio, escrito por una comunidad que cree por la resurrección. La exégesis nos permite desandar el camino del Evangelio hacia el

(15) J. SOBRINO, o. cit., 142—144.

(16) O. cit., 144—145, 154, 224, 254.

(17) O. cit., 223—224.

Jesús histórico para tratar de encontrar respuesta a una pregunta: por qué la Comunidad primitiva llegó a confesarlo Hijo de Dios. Si nos planteamos esta pregunta es porque en la vida de ellos, Jesús transformó totalmente su modo de entender y de llegar a Dios.

No sabemos por qué Sobrino contraponen las cristologías de las comunidades judías y helénicas, como si éstas olvidaran al Jesús de Nazaret. Tal sucede para él en en dos textos Phil 2, 6-11 y 1 Tim 3, 16. Por qué contraponer a la cristiandad de Corinto — casi como Iglesia 'oficial' con la persona de Pablo? (18). Pablo y sus enseñanzas a la comunidad son la guía de nuestra fe. Los peligros de la comunidad corintia que acaba de abandonar el paganismo, la seducción que en ella ejerce el gnosticismo, se convierten en ocasión para que Pablo despliegue ante ellos toda la fuerza de Cristo. Pero no creemos que en las comunidades se diera una especie de esfuerzo por olvidar al Jesús de la historia.

Pablo, al escribir el Cap. 15 de Corintios, no toma como norma de fe sólo la referencia al Jesús de la historia, sino esta referencia a través de lo que él mismo recibió: "os recuerdo hermanos el Evangelio que os anuncié. En efecto, os transmití lo que a mi vez recibí, a saber que Cristo murió, que resucitó" (19). Hay un camino privilegiado de acceso a la persona de Jesús: la vida de la comunidad y las expresiones de la fe de la misma comunidad.

Sobrino recalca que el tema del Siervo de Yahwe desaparece poco a poco para dar paso a otros títulos. Todas las narraciones de la Eucaristía, de la pasión, el Evangelio de Mateo, escritos a raíz de la resurrección, tienen como imagen central la figura de Jesús, como Siervo de Yahwe.

Más aún, nunca, aunque escriban a raíz de la resurrección hacen desaparecer reali-

dades difíciles de aceptar como el bautismo, las tentaciones, la muerte. En los Apócrifos, en cambio, no existe la preo-
cipación de fidelidad a la persona y los hechos de Jesús de Nazaret.

"Los actos de Juan que, aparecieron más o menos hacia el año 150 p.C." tienen esta característica. "De acuerdo con este texto el Apóstol Juan contaba a los cristianos lo siguiente: 'Os quiero dar testimonio de una gloria completamente diversa, Hermanos'. Y mientras él (Jesús) era clavado en la cruz el viernes, las tinieblas se apoderaron hacia la hora de sexta de toda la tierra. Allí apareció de pie mi Señor en medio de la gruta (en el Huerto de los Olivos, a donde había huído a refugiarme) y se mostró radiante y me habló: 'Juan, para la multitud que se encuentra allá abajo (en este momento) yo he sido crucificado en Jerusalén y se me ha abierto el costado con una lanza y me han dado a beber hiel y vinagre' ... 'No he sufrido nada de aquello que se contará de mí, más aún, yo deseo que aquel sufrimiento que os mostré a tí y a los apóstoles en la oración de despedida, sea llamado un misterio'. 'Este misterio debe permanecer dentro de un grupo de elegidos, no te preocupes por la multitud y desprecia a los que se hallan fuera del conocimiento del misterio'" (20).

Hay un marcado contraste entre este texto y el Nuevo Testamento donde permanecen las afirmaciones de la muerte, el sufrimiento de Jesús, junto a las afirmaciones de su Señorío. Si el Nuevo Testamento predica a Cristo resucitado, afirma siempre la resurrección del crucificado. Esto es claro en unos textos de género literario tan especial como las "apariciones" a los de Emáus, en el Cenáculo (Lc y Jo).

(18) O. cit., 228ss.

(19) 1 Cor. 15, 1-3

(20) "Die Apokryphen zum N. T." Hrsg. v.W.MICHELIS, Bremen, 1956, S. 249, 252-253. 254, en R. SCHAGER, "Jesus Nachfolge", Herder, 1973, 61-62.

Para nosotros el problema de la Cristología, abordado por Sobrino, debe estudiarse en una perspectiva más amplia que la suya. O mejor diríamos, en la perspectiva que está implícita en su trabajo.

a) Sin duda ninguna Jesús de Nazaret tiene que ser el punto de partida de toda Cristología. Un Jesús considerado dentro del marco concreto de la historia de Israel, con toda su problemática social, política y sobretodo,

b) Dentro de la fe veterotestamentaria. La actividad de Jesús no se entiende sino en relación con su predicación del Reino de Dios que se hace presente en su persona. Reino que no es, a juicio nuestro, distinto del Señorío de Dios sobre todas las cosas a través de su Señorío liberador del corazón humano.

c) En este marco en que se sitúa Jesús hemos de rehacer, en la medida de lo posible el camino vivido por la comunidad primitiva al lado de Jesús, desde el bautismo de Juan, hasta la ascensión, para ser como ellos, testigos de su resurrección (21).

d) Ahora bien, este es el énfasis que queremos hacer, a Jesús de Nazaret no se llega sino a través de la fe y la experiencia de la Comunidad. Por eso conservamos el Evangelio en su integridad, con toda la tensión que en él producen la presencia de afirmaciones tan contrastantes como el Señorío de Jesús y su muerte en una cruz; la preexistencia del Verbo y su realización en una encarnación verdaderamente histórica (22); la iniciativa de Dios que envía a su Hijo y su nacimiento de una mujer para liberar a los que estaban sometidos a la ley (23); la afirmación de que Cristo es la imagen de Dios invisible, en quien todo

tiene su consistencia (24) y la verdad de su primogenitura hecha plenitud a partir de su obediencia (25).

3. Verdades límites y operatividad cristiana.

Para Sobrino, siguiendo el Nuevo Testamento, la divinidad de Jesucristo y su revelación deben considerarse en una dimensión relacional (26). A Jesús no se lo entiende sino a partir de su actitud ante el Dios del Antiguo Testamento. Son inseparables cruz y resurrección y estas no se entienden sino a partir de su existencia y predicación. Afirmamos como Sobrino el carácter *teológico* de la cruz y resurrección, ellas son revelación del Dios y Padre de Jesucristo, pero hay dos puntos en que nos apartamos del Autor, en razón de su mismo principio de operatividad social. El modo como Sobrino considera la fe y la revelación de Jesús. Para nosotros no sólo la cruz, sino toda la actividad de Jesús es revelación de Dios, no sólo del camino del Hijo (27). En segundo lugar, para que sea posible un compromiso lleno de sentido, radical, es necesario llegar - sin desvincularnos jamás de Jesús, a profundizar en su ser de Hijo de Dios. Los textos de Pablo donde se presenta toda la dureza de la cruz, van unidos a otros en que busca en Dios y en la filiación divina la explicación de su entrega (la de Jesús) y la razón de nuestro seguimiento.

Si para el Nuevo Testamento el camino para ser totalmente humano es la entrega total a Dios, con la confianza y en la forma en que se entregó Jesús, las que Sobrino llama "teologizaciones", tratan de expresar el "misterio" de la persona de Jesús y la razón de su entrega en obediencia a

(21) Hech 1, 21

(22) Jo. 1, 1.14.18

(23) Gal. 4, 4

(24) Col. 1, 15; Hebr 1, 3

(25) Col. 1, 18; Hebr 10, 8-10.

(26) J. SOBRINO, o. cit, 104-105

(27) O. cit., 105.107

Dios y por lo mismo, de su valor para nosotros hoy (28).

Nos parece que hay que situar la persona de Jesús dentro de un gran arco que empieza en la fe de Abraham, que sigue todo el proceso de la revelación histórica de Dios en el Antiguo Testamento y que, en la persona de Jesús y en su acontecer, nos remite a Dios como sentido de todo lo humano. Allí tienen que integrarse la pregunta por Dios, por la creación, por el dolor y la acción del hombre.

Es un camino que se hace a partir de la conversión de Abraham, pero que hunde sus raíces en la fe de los cananeos en el "Dios Creador". Pasa a través de la fe monoteísta de los Profetas, la integración que hace Isaías entre creación, salvación y redención. La Escritura aborda problemas tan serios como el de la esclavitud de los ídolos y las consecuencias trágicas del ateísmo en la existencia del hombre. Pablo y Sabiduría son conscientes de que el desconocimiento de Dios "encadenó la verdad con la injusticia" y que este ateísmo de los pueblos los llevó a toda clase de crímenes y aberraciones en contra del mismo hombre.

Teniendo como fundamento la fe en el Dios de Israel, Jesús orienta su ministerio y ante la realidad que lo rodea. Antes de él la Escritura se había preguntado en el libro de Job por el problema del dolor humano y la actitud de Dios ante él. La pregunta permanece sin respuesta en el Antiguo Testamento. En el libro de Jonás insinúa matices admirables en el amor y misericordia de Dios para con el hombre, cuando media la conversión del mismo. Ya se dibuja el rostro del Dios de Jesucristo, el que ha de hacer una nueva Alianza con su pueblo, el que discute con Jonás a quien duele la suerte de un arbolito que se marchita, pero no importa y rechaza la mise-

ricordia de Dios con el pueblo pecador. (29).

Ese rostro de Dios-amor aparece muchos siglos atrás cuando Abraham logra diferenciar a Dios de los ídolos, su Dios no acepta sacrificios humanos. A El le agrada el holocausto de la propia vida que se entrega en obediencia. Por eso el Nuevo Testamento presenta a Abraham como el Padre de los creyentes.

Si situados en esta perspectiva de *historia* salvífica y de revelación del Antiguo Testamento abordamos la persona de Jesús, trataríamos de conciliar en él dos aspectos de la realidad: la realidad *es*, pero al mismo tiempo *es dinámica* por lo más profundo del ser. Tal vez es esta la intención de Tomás cuando nos dice que "primero es el ser que el obrar". La esencia de lo humano está en el ser consciente de sí mismo cuando actúa sobre el mundo, cuando por la esperanza de la humanización hace verdad, en el amor la esperanza que viene a su encuentro. El ser creatural del hombre en Génesis es también un llamado a hacerse, desde lo que somos: "creced", multiplicaos, *dominad* la tierra.

Si volvemos los ojos a Jesús, Pablo y Lucas afirman claramente un crecimiento dinámico en él "*Siendo Hijo*, sin embargo *se hace* en todo semejante a nosotros menos en el pecado". "El Niño crecía en sabiduría en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres". La misma libertad de Jesús ante el pecado la afirma Pablo no apriori, sino a partir de, por y a través de su obediencia en la historia al Dios de Israel. Y sin embargo esa libertad nace del hacer verdad lo que es Jesús, el hombre que personalmente es el Hijo de Dios.

Suponiendo una exégesis seria de los 30 años de Nazaret, podemos afirmar de

(28) O. cit., 39. 265. 315-316.

(29) Sab 13 y 14; Ro 1,18; Is 44,24; Jonás 4,1.

ellos que, para Lucas tienen un profundo sentido. Como Marcos presenta al Jesús que se hace bautizar con "un bautismo de penitencia para remisión de los pecados" (30) y manifiesta así la solidaridad total de Jesús con el hombre, incluso con su mismo pecado, Lucas, en la infancia de Jesús expresa su vinculación con la historia del Pueblo, es el compartir de lo que somos, de nuestro dolor y limitación. Jesús crece, realizando lo que es. Esto lo que expresa Lucas cuando dice "que él está en las cosas de su Padre". El joven Jesús vive el transformarse de su ser de niño a la madurez del hombre, se afirma o autónomo u obediente ante sus padres, al declararse obediente a su Padre.

Crece y aprende de los labios de una mujer a conocer lo humano. En su ministerio reflejará en sus parábolas, la de la viejecita que pierde una moneda, la que prepara la harina para el pan, cómo la historia trivial del hombre puede desvelar el amor delicado de Dios que se acerca misericordioso a buscar al pecador.

Ese Jesús comienza su ministerio llamado por la "voz del que clama en el desierto". Es su primera toma de posición ante la historia.

No podemos ni debemos minimizar los textos del Evangelio que hablan de la ignorancia de Jesús (31). Sitúan a Jesús ante Dios; los de la Pasión dejan en manos del Señor de Cielos y tierra, la última palabra sobre el día del Señor, sobre el modo como Dios puede sacar el bien del fracaso de la cruz.

A partir de esta posición Neotestamentaria Sobrino considera de primordial importancia la "historicidad de Jesús de Nazaret". A raíz de su enfrentamiento con el dolor que lo rodea, con la opresión y a raíz del rechazo que sufre por parte de los

judíos, Jesús *cambia su concepto de Dios*. Parte de una primera aceptación de la ortodoxia judía y llega, a raíz de la "crisis Galilea" a un concepto nuevo del Reino como entrega personal a Dios, a una visión nueva de Dios". Como nos lo dice, el desarrollo de su conciencia no es idealista, se realiza en el enfrentamiento con la realidad.

No negamos la verdad de lo que dice el Autor, pero queremos analizar el problema en forma detenida. A nuestro juicio es posible una respuesta a la realidad que rodea a Jesús, a partir de lo que es Jesús: personalmente el Hijo de Dios.

a) Historia y revelación de Dios en la Historia.

En la obra de W. KASPER, "Glaube und Geschichte" publicada en 1970 (32) aparecen un par de capítulos muy significativos. Es interesante presentar algunos apartes de su pensamiento:

"La pregunta acerca del sentido de la historia aparece en un principio como imposible de responder. La historia no marcha de acuerdo a leyes necesarias de acero. Realizada por los hombres está decididamente determinada por la libertad humana (135). El comprometerse con la búsqueda de un sentido en la historia significa también esperanza por la libertad, por la paz, por la justicia entre los hombres. Como la condición final del éxito de nuestra historia se nos manifiesta que lo absolutamente nuevo, lo indeducible, lo diverso que llamamos Dios, se convierte en hecho de nuestra historia. Dios se manifiesta así como la libertad que hace posible nuestra libertad, como el valor para el obrar y el ser en la historia".

(30) Mc. 1, 4

(31) En cuanto a estos textos es difícil distinguir lo que se refiere directamente a Jesús y lo que refleja la problemática de la primera comunidad.

(32) La obra fue traducida al Español: "Fe e historia", Sígueme. Omite, no sabemos por qué, el capítulo "Die Welt als Ort des Evangeliums", 209-217.

“La posibilidad de una experiencia como esta se nos hace patente únicamente cuando viene históricamente testimoniada (137-138). Este testimonio no es simplemente una seguridad verbal, sin un llamado a nuestra propia experiencia que, nos abre a experiencias semejantes cuando nos entregamos a él. La experiencia y la tradición se hacen mutuamente posibles y se fortalecen mutuamente. En última instancia, con la máxima claridad y determinación esta experiencia nos sale al encuentro en Jesucristo, que, llama a Dios su Padre, que acepta a los pecadores, a los marginados, los despreciados, a los que ya no pueden seguir confiando en sí mismos. Jesucristo hizo de esta buena nueva el centro de su existencia hasta las últimas consecuencias cuando marchó hacia la muerte en “servicio de los hombres”. Por él irrumpió en el mundo un nuevo comienzo, por él se abrió e hizo posible para el futuro. Este testimonio nos encuentra concretamente en la Iglesia y en la experiencia que han hecho los otros creyentes antes que nosotros” (138).

“La historia no puede ser simplemente el sitio en el cual Dios se hace experimentable, ni el escenario de su manifestación y de su gesticular ante nosotros, una librea pasajera que se viste temporalmente, mientras sigue siendo el supra-histórico, el que está por encima de todos los seres. La historia tiene que significar algo para Dios mismo y ser algo en el mismo Dios. Si tomamos esto en serio, Dios no es solamente omnipotencia sobre la historia, sino sufrimiento total en la historia, él es quien sufre desprecios y es burlado en los oprimidos. El Señorío de Dios, el

Reino de Dios tiene así históricamente un sitio entre los hombres, cuando ellos en su vida y en su acción le dan cabida total a Dios. Nuestro obrar histórico puede, por lo mismo, convertirse en el modo de ser de Dios en la historia para los demás” (141) (Los subrayados son nuestros).

Hay una gran coincidencia entre los planteamientos de Kasper y los de Sobrino. Los dejamos sin comentario al análisis del lector (33).

b) Aceptación de la historia y toma de posición ante la historia.

Tratemos de entender la persona de Jesús desde dos polos de tensión: la historia y Dios.

Entre Jesús y todo el A.T. existe una continuidad y una discontinuidad. Diversificamos la imagen de Dios que nos descubre el Antiguo Testamento de la que se forman los judíos contemporáneos de Jesús. Para ésta hay de parte de Jesús una crítica constante, para aquella un llevarla a su perfección más profunda.

Ya en los primeros capítulos de Mateo hay un rompimiento total con la tradición judía, hacia una radicalización de Dios y de su amor. El pueblo judío se siente hijo de Abraham y, como tal, partícipe de la Alianza, Hijo de Dios. La comparación que hace Jesús de los judíos con los paganos se convierte en desafío y rompimiento con el conformismo y la manipulación de Dios. No tiene sentido llamar a Dios Padre, cuando al nivel de la acción no hacemos más de lo que hace el pagano que saluda a sus amigos y hace bien a quienes le hacen el bien. Sólo quién perdona al enemigo y ora y ayuda a quien lo persigue y maldice,

(33) Remitimos al lector a los siguientes apartes de la obra de Sobrino: 283.287. 292. 294. 295. No podemos dejar de copiar un párrafo de Kasper: “Si el Evangelio en su realización original integra la Historia como un elemento suyo constitutivo, más aún “crea o constituye el mundo como historia y si la historia es el sitio permanente del Evangelio se sigue, por lo mismo, la historicidad intrínseca del Evangelio. La Encarnación de Dios significa la entrada de Dios en la historia y la apropiación definitiva de la historia como lugar del Evangelio” (217).

llega a ser verdaderamente Hijo de Dios (34).

El judío permanece al nivel del pagano cuando busca vorazmente los bienes de este mundo, cuando por el amor de las cosas terrenas destruye al otro. Cuando se tiene la conciencia profunda de la paternidad de Dios, el hombre deja de buscar con ansia los bienes de la tierra, de odiar y tener al otro que se mira como enemigo de la posesión y del dominio, para hacer y buscar la justicia, por la aceptación del Señorío de Dios en el propio corazón (35).

El rompimiento radical con la "ortodoxia" judía nos lo presenta Marcos desde sus primeros capítulos. Cuando Jesús afirma autoritativamente el perdón de los pecados del paralítico, cuando acusado de blasfemia responde preguntando con un signo mesiánico: "qué es más fácil decir tus pecados te son perdonados o toma tu camilla y vete", se aleja conscientemente de la misma ortodoxia bíblica: Es posible que el hijo de un carpintero se atreva a vincular a Dios con su obrar y a afirmar que por su presencia irrumpe el señorío de Dios como perdón, como aceptación radical del hombre? (36).

Por encima de Moisés, el más grande de los profetas se sitúa como Señor de la ley y, por propia autoridad la hace más exigente, en el amor. No habla como un profeta, ni como un simple enviado de Dios cuando — en relación de total intimidad con Dios afirma "yo os digo" "amad a vuestros enemigos, así seréis perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (37).

Nadie en Israel se extraña de que un maestro o un sacerdote realice exorcismos, por eso Jesús les pregunta "vuestros hijos

en nombre de quién expulsan los demonios"? Ahora bien la actuación de Jesús lleva a la interpretación más radical: o condenar su obra como demoníaca y blasfemia, o aceptar a Jesús porque en su persona irrumpe el Señorío de Dios como liberación de los poderes creados por el hombre que destruyen su libertad y su capacidad de amar (38).

Ese rompimiento, dentro de una continuidad con el Antiguo Testamento aparece en Marcos: "los suyos habiéndolo sabido, fueron para apoderarse de él, porque decían,, ha perdido el sentido". "Y los escribas que habían venido de Jerusalén decían, está poseído por el demonio..." "Su madre y sus hermanos llegan y permaneciendo fuera lo hacen llamar". ¿Por qué Marcos presenta a María entre los que vienen a buscar a Jesús, porque lo consideran fuera de sí? Por qué Lucas en el sitio paralelo omite este pasaje y sólo recalca la fe de María: "He aquí mi madre y mis hermanos. Quien hace la voluntad de Dios, este es mi hermano, mi hermana y mi madre"? (39). Nos está manifestando Marcos que María — la mujer por excelencia del Antiguo Testamento, la puerta que conduce hacia el Nuevo Testamento, no acaba de entender a Jesús, si lo considera a partir de su ortodoxia?

Hay un abismo entre la actitud de Jesús ante Dios y la actitud del fariseo y una superación de la fe judía dentro de la pureza de la fe V, Testamentaria. Por otra parte, Jesús, presenta el Reino de Dios en forma contrastante: como valor ante el cual hay que optar sin vacilación, como oculto en la sencillez de su misma persona. La tensión entre futuro y presente bien puede entenderse, mucho antes de la "crisis Galilea", como el juego entre el llama-

(34) Mt 5, 43-48.

(35) Lc. 6, 36 Mt 6, 33.

(36) Mc. 2, 1-13.; Mt 11,4; Lc 4, 16.

(37) Mt. 5, 21, 37, 38; 6, 46.48

(38) Mt. 12, 22.

(39) Mc. 3, 21.22.31.35.

do de Dios y la libertad a la cual no violenta ni Dios mismo (40).

Usando los criterios indirectos a que alude Sobrino creemos que Jesús, desde un comienzo, actuó en total intimidad con Dios, desde una experiencia de Dios más profunda que la de los judíos. Por este motivo se plantea la pregunta: "¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" El texto nos sitúa delante de un Jesús distinto de la 'ortodoxia y ortopraxis' judías.

Para nosotros, ese Jesús que es Hijo de Dios, que vive de la total intimidad de Dios, enfrenta su historia y actúa ante la realidad del dolor, del sufrimiento, del rechazo, desde lo que él es. Por eso su vida se caracteriza como obediencia a Dios.

Entre los paganos hay una idea característica de Hijo de Dios; entre los judíos a partir de la experiencia de la creación y de la Alianza. Ahora bien, Jesús no llama a Dios Padre mío (de acuerdo a Marcos), sino en los momentos cumbre de su existencia: en el huerto. Pero toda su predicación es una invitación a radicalizar lo que para el judío significa llamar a Dios Padre, por un amor total a los hombres, donde cada uno trata de vivir ante el hermano la actitud del mismo Dios. Por eso el Padre del hijo pródigo reprocha la conducta del hermano mayor ante sus hermanos. "Hijo mío, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Era menester festejar y regocijarse, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado" (41). "Te perdóné, porque me lo pediste, no debías tener piedad de tu compañero, así como yo he tenido piedad de tí" (42). No se trata de un perdón pietista, o exigido por Dios a quien sufre la violencia del otro — este

perdón llevaría a la resignación y a dejar al violento tranquilo en su injusticia. Es un perdón exigido por Jesús al que se cree justo: al hermano mayor, o a quien exige se le haga justicia, al deudor que destruye a su hermano olvidando que él ha recibido un perdón infinitamente generoso de parte de Dios.

Para Jesús, quien deja irrumpir el señorío de Dios en su propia vida, quien acepta a Dios, cambia su actitud ante el hombre, debe aceptarlo en un esfuerzo por "dar a los demás, lo que queríamos se nos diera a nosotros". Jesús acepta al leproso, era considerado pecador y, lo envía ante el sacerdote, para dar testimonio de la aceptación de Dios. Acepta a Zaqueo y Mateo, dos explotadores vendidos al poder romano, y su presencia les hace posible vivir en un espíritu nuevo.

No es extraño que los discípulos se admiren de la afirmación de Jesús: "el sábado, (la ley de Dios, la alianza) ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado" (43). De este amor por el hombre nace la primera decisión de perder a Jesús. En la perspectiva del Antiguo Testamento para el cual hay una vinculación entre el rechazo de Dios al pecador y la enfermedad, las curaciones que realiza Jesús encierran un acto humanitario, pero son ante todo una afirmación que puede parecer blasfema, Dios perdona y acepta a todo hombre a través de Jesús y ese perdón hace "que aquel a quien se le ha perdonado mucho, ame también extraordinariamente" (45).

Esta osadía de Jesús rompe toda "ortodoxia judía" porque desde un comienzo Jesús se presenta como revelación de Dios. Por este motivo, en lo que algunos llaman la "crisis galilea", Jesús plantea abierta-

(40) Mt. 13; Mc 4; Lc 8

(41) Lc. 15, 31

(42) Mt. 18, 32

(43) Mc. 2, 27

(44) Mt, 12, 11, lss.

(45) Lc. 7, 47

mente el problema de su autoridad. Afirma que vendrá un juicio implacable sobre su generación porque rechazó a Juan por su austeridad, llamándolo endemoniado y ahora rechaza a Jesús, borracho y amigo de publicanos y pecadores, porque muestra un rostro misericordioso de Dios (46).

Su juicio se torna desafiante cuando compara a los judíos con los publicanos y pecadores. El en un primer momento habían negado a Dios, después se convirtieron ante la predicación de Juan, los fariseos en cambio, ni siquiera siguieron el ejemplo del pecador para hacer penitencia (47). Comparada su vida con la de Juan, éste había anunciado el reino de Dios en juicio y condenación; su existencia tenía sentido como preparación del bautismo de Jesús (48). Si se pregunta por la autoridad de Jesús, él da el camino para hallar la respuesta, pero, porque no los violenta, pueden responder diciendo que "ignoran si el bautismo de Juan era del cielo o de los hombres". El los enfrenta con el crimen que van a cometer contra su persona, comparando lo que han hecho sus antepasados con los profetas y lo que harán con Jesús. El emplazamiento que hace a los fariseos no se entiende sino desde Dios: "El envió a los profetas, ahora ha enviado a uno que es más que cualquiera de los profetas" (49).

La predicación de Jesús, la figura que presenta de Dios plantean la pregunta por el ser de Jesús y su relación con Dios, por eso el proceso ante los judíos se mide desde la dimensión mesiánica. Desde allí se entiende su oración del Huerto: ve venir su muerte y su condenación y el momento del Huerto se convierte en el instante de la fidelidad a todo lo que cree. Cuando lo humano se abre hacia el fracaso, la única manera de ser hombre, es ser fiel a lo

que somos y creemos, aunque fidelidad y coherencia con nosotros mismos, con nuestro Dios signifiquen el absurdo de la muerte. Quien vive en la intimidad de Dios, quien es Hijo, ha de caminar en fidelidad a Dios en quien cree y espera. Si el amor a los hombres y una vida que se entiende desde el servicio a ellos por el amor de Dios no tiene más camino para ser fiel a sí misma que el seguir adelante, se comprende que "nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos", que se debe "llegar a ser obediente hasta la muerte y muerte de cruz".

Quien ora en la cruz por quienes lo han condenado a muerte, y siente todo el peso de la nada y de la propia impotencia, encuentra la fuerza para vivir el último instante de su existencia en la entrega total en manos de Dios. Hace verdad para sí lo que había dicho a sus discípulos: "no temáis a los que pueden matar el cuerpo, pero no sabrán matar el espíritu". "No temais, vosotros valeis mucho más que una multitud de pájaros" (50).

Ante esta visión de Jesús brotada de su acontecer histórico nos preguntamos por el ser de Jesús y del Dios que resucitó a Jesús, el crucificado, de entre los muertos.

c) El Hijo de Dios se hace hombre o el hombre se hace Hijo de Dios?

Para Juan. Dios es amor, por lo mismo capacidad absoluta de entrega. Amor es capacidad de construir un mundo para dárselo al hombre, pero sobretodo, para dársele personalmente al hombre, a quien se ama, compartiendo su historia, viviendo lo más profundo de su dolor, con el hombre, en su historia. Si por la entrega de Jesús afirmamos que Dios es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, hemos de

(46) Mt. 11, 16ss.

(47) Mt. 21, 32

(48) La presentación del Bautista en Marcos llega a su culmen en el bautismo de Jesús.

(49) Mt. 21, 23ss. 37.

(50) Mt. 10, 20.25.28

concluir que la historia humana tiene su origen y se incrusta en el mismo ser y en la comprensión de Dios.

Si Dios es amor creador y Padre de un hombre, Jesucristo, se entiende que el Nuevo Testamento mire la historia de Jesús más atrás del mismo Jesús y halle su origen en la Encarnación del Verbo, como el irrumpir de la Palabra personal de Dios en nuestro mundo, para ser en él amor total que se entrega.

Realmente, la paternidad de Dios termina en el hombre Jesús y cuando la teología tradicional afirma que en él no hay más que una persona, la del Verbo de Dios, quiere expresar con sus balbuceos que la distancia entre Dios y el hombre no se mide en términos de infinito-finito, sino en términos de amor y entrega personal. El amor llega a ser totalmente amor cuando dándose a sí mismo, permite ser al otro. Por eso Jesús, poque su persona humana es la persona del Verbo, puede ser radicalmente hombre y vivir el compromiso histórico con el dolor y la justicia.

Por su entrega, llega a ser "Hijo de Dios en poder", "Dios lo exalta por su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz". El Hijo de Dios hace verdad, hace concreción histórica su ser de Hijo en la entrega al hombre. Por eso el Nuevo Testamento habla del Espíritu de Jesús, porque al entregarse él, por y a raíz de su sacrificio, se hace el dispensador por excelencia del Espíritu de Dios.

Así se entiende lo que es la mediación del hombre para con el hombre y el por qué de la invitación al seguimiento de Jesús. La resurrección aparece como la respuesta de Dios a toda la vida de Jesús, a todo lo que amó: por lo mismo aceptación de la historia del hombre, de su dolor, de su miseria, de su mismo pecado. Por eso el crucificado puede dar un Espíritu nuevo

a todos los hombres. No nos suplanta, pero su libertad hace posible nuestra libertad. "Porque los hijos teníamos en común la sangre y la carne, él participó de ellas, para reducir a la impotencia, por su muerte, al que tenía el poder de la muerte, es decir al diablo. Porque el santificador y los santificados tienen un mismo origen, por eso no se avergüenza de llamarnos hermanos. Heme aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio" (51).

Jesús no es sólo un ejemplo, ni sólo una invitación al seguimiento, es el darse total de Dios, en su Hijo, para que el hombre pueda realizar la verdad de lo humano. Valorando la historia, las circunstancias que rodean y presionan a Jesús, él vive y reacciona en plenitud de entrega humana, se hace en su historia, porque es el Hijo de Dios. Dios es total y radicalmente Padre en la Encarnación histórica, progresiva, abierta al fracaso y a la esperanza en que su Palabra, "siendo riqueza infinita se hace por nosotros pobre, para enriquecernos con su pobreza (52).

Vale la pena seguir a Jesús y creer que Dios no está necesariamente con los que tienen el poder y la razón de las armas y que la mediación de Dios es el servicio y el amor y no simplemente el poder, si, lo que ha sucedido en Jesús lleva en sí el sello de lo definitivo e irreversible.

Esto se descubre en Jesús si reflexionamos sobre lo que es el hombre. Anclado en el mundo debe actuar, transformarlo, para hacerse él mismo lo que es: hombre. A través de ese mundo humano descubre su apertura al Tú divino que lo llama, que se le entrega. Es la perspectiva del Nuevo Testamento en la cual Dios y el hombre son dos polos de relación. En esa relación somos siempre una pregunta planteada a Dios, ella se convierte en respuesta en Jesús. Se torna dramática cuando el hombre con su injusticia destruye al otro y se es-

(51) Hebr. 2, 14.11

(52) 2 Cr. 8, 9.

claviza de la misma injusticia que crea; en su dolor es pregunta cuya respuesta sólo puede dar Dios mismo.

Creemos el dolor, la miseria, pero o no queremos, o no podemos acabar con ella. El Señorío, el reino de Dios indica una nueva presencia suya en el mundo por la cual el hombre se vuelve capaz de ser distinto, de amar. Esa respuesta de Dios tiene que darse en la historia, sólo allí entiende el hombre el amor como algo distinto de palabrería vana y descubre la verdad de sus aspiraciones o el fracaso de sus ensueños. Esa cadena del mal debe ser rota desde una *teología*, de lo contrario el hombre permanece prisionero de la esclavitud que creó. Si somos una relación a Dios, no podemos construirnos en la justicia, mientras Dios no se entregue totalmente a nosotros. Somos una llamada a la libertad, pero nos hacemos libres cuando el otro, o el Tú divino, dándose a nosotros nos hace capaces de optar libremente.

El hombre sólo puede construirse cuando en la historia humana se da el total sí de Dios, como iniciativa que parte de Dios, como iniciativa que se realiza en el sí del que es Hijo de Dios en *su historia* vivida como esperanza, obediencia, en la incertidumbre de lo humano, en la pasión y en la entrega por los otros.

La pregunta por el ser de Jesús hemos de responderla dentro de una filosofía dinámica y en una filosofía de la historia y, si queremos, en una filosofía de la praxis salvífica de Dios. Romanos 8, 15 y Gálatas 4, 6 nos enseñan el motivo y a partir de qué historia los cristianos podemos llamar a Dios Padre y como la verdad de nuestro ser de Hijos no se capta sino en el seguimiento y en el obrar como Jesús (53). El hace del amor a Dios y el amor al hombre

un único mandamiento. Su actitud ante Dios es tal que Mateo escribe "ninguno conoce al Hijo sino el Padre, ni alguno conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (54).

No se llega a ser algo, sino a partir de lo que *se es*. Jesús no puede hacernos hijos adoptivos de Dios y darnos el Espíritu de hijos, si él mismo no *es* el Hijo. No podría vivir su vida en total obediencia a Dios —revelarlo como Padre— en amor a "sus hermanos, si su vida no *hiciera verdad* lo que es y vive en el fondo de su ser: su intimidad con Dios, desde su ser de Hijo. La pregunta y la respuesta por el ser de Jesús no surgen a priori, como revelación caída del cielo, brotan del acontecer, de la praxis de Jesús. La respuesta que sólo conlleva Mateo "no te ha revelado esto la carne... sino mi Padre que está en los cielos", concuerda con las afirmaciones de los Hechos. A partir de la historia de Jesús en contraste con el rechazo de los fariseos y con la aprobación final de la resurrección, Pedro llega a ser testigo del Resucitado, porque "el Dios de Abraham resucitó a su siervo", "porque es menester obedecer a Dios antes que a los hombres" (55)

4. Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a la muerte por mí.

Cuando Juan o Pablo quieren entender el por qué de la historia se remontan a la iniciativa de Dios: "tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito". Se pierde entonces de vista el dolor del hombre por buscar el origen de Jesús en la profundidad de Dios? Marcos coincide con ellos, al escribir su Evangelio. No es historia de Jesús de Nazaret, es la "buena nueva de Jesucristo, Hijo de Dios" (56). "Por ese Dios fiel hemos sido llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo"

(53) J. SOBRINO, o. cit., 266.285.272.278.

(54) Mt. 16, 18. Hech. 10, 34-43; 3, 13-15; 4, 19.

(55) Hech. 4, 19.

(56) Mc. 1, 1

(57) y por este Hijo de Dios, Pablo "se siente enviado a anunciar el Evangelio de la cruz" (58) y "no quiere saber entre los Corintios sino a Jesucristo y este crucificado". Entiende a ese Cristo como "sabiduría de Dios, misterio que había permanecido escondido en Dios... que si los príncipes de este mundo lo hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria" (59).

Ese Crucificado es el "fundamento, fuera del cual no es posible establecer otro", al cual desprecio cuando desprecio al "hermano por el que murió Cristo" (60). En el contexto de la libertad del hombre ante los ídolos que lo esclavizan aparece una de las afirmaciones más antiguas sobre el Señorío de Cristo y su vinculación con la creación: "para nosotros no hay sino un solo Dios, el Padre, de quien todo viene y por quien hemos sido hechos todos y un solo Señor, Jesucristo, por quien todo existe y por el cual somos nosotros".

En Cristo Pablo descubre una libertad nueva, hecha verdad porque "hemos sido comprados a un precio muy alto", libres por encima de toda esclavitud que puedan crear los hombres.

Pablo, que no conoció a Jesús como los Apóstoles, sabe de él y de la pretensión cristiana de hacerlo Hijo del hombre. Lo persigue por fidelidad al Dios de las promesas. Confesar a Jesús Señor, Hijo del hombre que a la derecha de Dios juzgará a los hombres, creer que en la persona de un condenado a muerte Dios se entregó totalmente a los hombres, es un contradictorio. No es la persona de Jesús de Nazaret la que constituye el comienzo de su fe.

Cuando en 1 Cor 15, 8 enumera las apariciones oficiales de Jesús a sus apóstoles, "columnas de la Iglesia", pone su experiencia del resucitado al mismo nivel que la experiencia de ellos, como origen de su fe. Pero siente la necesidad de relacionar su fe con la fe esa comunidad primera. Según Gálatas, cuando el Dios del Antiguo Testamento quiso revelarle a su Hijo Jesús irrumpió en su vida como el Dios y Padre de Jesucristo, Pablo se transformó, de perseguidor en Apóstol (61). Llamado por Dios siente la necesidad de confrontar su evangelio con el de los discípulos, no "vaya a suceder que haya corrido en vano" (62). Halla sentido a su apostolado en el Dios que "no hace aceptación de personas y, como escogió a Pedro para ser apóstol de la circuncisión, escogió a Pablo para ser apóstol de los paganos". "Lo entiende desde la fe en "el Hijo de Dios que me amó y se entregó a la muerte por mí". "Ha muerto a la ley para vivir para Dios, está crucificado con Cristo y es Cristo quien vive en él" (63). "Ese Cristo", el mismo Jesús de la historia, el mismo Cristo preexistente, "nos ha rescatado de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, porque dice la Escritura, 'maldito todo el que pende de un madero'" (64).

Cuando Pablo hace teología y, para hacer cristología, remonta todo el acontecer de Jesús a su origen en Dios, no pierde de vista la relación con Jesús de Nazaret, pero la vive en la Iglesia. No deja que el fuego de Cristo se pierda en elucubraciones, o pierda su fuerza que exige compromiso, cuando explica todo por el amor de Dios, por el amor de Jesucristo a "quien Dios ha hecho pecado, para que llegemos a ser

(57) 1 Cor. 1, 9
(58) 1 Cor. 1, 13.17
(59) 1 Cor. 2, 7
(60) 1 Cor. 3, 11; 8, 11
(61) 1 Cor. 8, 6.
(62) Gal. 2, 2.
(63) Gal. 2. 8ss. 19
(64) Gal. 3, 13

justicia de Dios en él" (65). La fe le permite llegar a afirmaciones límites, que brotan de la historia, que se vuelven a ella, que la fundamentan desde Dios.

Tratando de construir una cristología trinitaria para América Latina, partimos de un hecho fundamental: la entrega de Dios a los hombres en Jesucristo. Quien nos habló por los profetas, hoy nos ha hablado en su Hijo". Y "ese Hijo de Dios, Jesucristo no ha sido un sí y uno, en él no hay más que un sí. todas las promesas de Dios tienen en él su verdad (66). No se trata de una verdad "teórica y abstracta", sino de la verdad de la entrega de Dios en la historia del hombre, en el sacrificio de Jesús, no en la apariencia de una entrega, no en el gesticular a través de una naturaleza humana que nada dijera sobre Dios mismo y sobre su Verbo.

Esta verdad de Dios tiene otro aspecto, *debe ser hecha hoy por el hombre*. Sólo desde nuestra respuesta de amor, cuando tratamos de hacer a los demás hijos de Dios en el respeto, en la sinceridad, en la salvación que aporta la justicia, sólo desde allí se entiende la verdad de la paternidad de Dios y no se ridiculiza la entrega del Hijo de Dios en favor nuestro.

Sería una contradicción llamar a Dios Padre nuestro, invitados por quien "entregó su vida en favor de todos" y no "vino a ser servido sino a servir" y subyugar a los hombres, esclavizarlos en nombre del poder, del dinero, o peor aún, en nombre de la misma confesión de la divinidad y de la filiación de Jesús o de la paternidad de Dios. Por eso mismo, cuando tratamos de explicarnos el hecho de Jesús de Nazaret, hemos de ponernos en esta posición. Quién es Dios, no se entiende sino a partir de la historia del hombre y, simultáneamente, para explicarnos el sentido de lo

humano, hemos de remitirnos de nuevo a Dios.

El misterio trinitario hace posible que Dios sea un Dios de la historia, que tiene tiempo para el hombre. Esta historia pone de manifiesto *lo dinámico* en Dios. Su amor hacia el Hijo, su Verbo, se vuelve realidad totalmente expresiva de sí misma en la historia en que el Hijo se hace obediencia total a Dios en su sed por la justicia, en el don de Sí mismo en favor de sus hermanos. El Jesús de Nazaret que entra a la sinagoga en el poder del Espíritu, enviado por Dios a predicar la liberación a los pobres, un año de gracia para los cautivos, que se hace solidario del hombre en la tentación y en el dolor, es el mismo que llama a Dios Padre mío, desde el abismo de su fracaso, el mismo que muriendo en la cruz tiene que ser total apertura para que el Señorío de Dios irrumpa en el mundo por su persona, por la aceptación de su historia en la resurrección. El que *es* Hijo, *hace verdad* y expresa su ser de Hijo en la obediencia de su historia. El, "habiendo recibido el Espíritu a raíz de su exaltación, nos lo entrega para permitirnos llamar a Dios Padre nuestro en el amor, "si es que padecemos con él, para ser juntamente con él glorificados" (67).

Desde nuestra propia cruz en el amor por los demás podremos entender el "Evangelio que trata del Hijo de Dios, establecido Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de Santidad por su resurrección entre los muertos". Evangelio del que "ha llegado a ser para todos los que le obedecen principio de salvación eterna" ya que él mismo "siendo Hijo aprendió por lo que padeció lo que es obediencia", porque el que "podría presentarse exigiendo los honores debidos al Hijo de Dios, se despojó a sí mismo, se hizo obediente hasta la muerte" (68).

(65) 2 Cor. 5, 19,21.

(66) 2 Cor. 1, 20

(67) Hech. 2, 33; Ro. 8, 14-17; Gal. 4, 4. Ro. 8, 17.

(68) Ro. 1, 3; Hebr. 5, 9; Fil. 2, 6-11.

V. NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE QUIEN DA LA VIDA POR SUS AMIGOS.

Mateo llama bienaventurados a los que tienen hambre y sed de Justicia. Tal fue la vida de Jesús. Lucas desdichados a quienes están saciados porque tendrán hambre. Son dos posibilidades: construir o destruir hundiéndose en el abismo que brota cuando se desprecia el amor, y se finca la propia seguridad en lo que se construye amado con la sangre y dolor de los demás. (69).

A partir de Jesús son una exigencia de vivir la justicia en el amor y, la posibilidad de vivir la justicia por el amor. Quién es Jesús que nos hace posible vivir como él vivió, que nos exige vivir como él vivió? "El Cristo, el Hijo de Dios vivo, por quien podemos tener vida"? (70).

El Señorío de Cristo valoriza y hace relativo todo lo humano. Lo que realiza en la historia es finito, concreto, puesto en tela de juicio por un deber ser que irrumpe en la existencia desde la persona de Jesús, desde su entrega que se convierte en pauta de lo verdaderamente humano.

Por qué Jesús que "no ha sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel", cuya obra queda encomendada a la fragilidad de una comunidad judía, a la pobre comprensión de unos que lo siguieron y lo abandonaron junto a la cruz, por qué puede convertirse en pauta de lo humano, sino porque en él irrumpe Dios como cercanía, como don que reconcilia a los hombres entre sí?

Hemos de leer el Evangelio y vivirlo con un esfuerzo de complementariedad. Es exigencia de verdad que se hace en el amor y en el compromiso con el reino de Dios, su paz y su justicia. Lo es en Jesucristo, presente y vivo en la comunidad

cristiana. Como para la comunidad primera la persecución, la muerte de Esteban fueron revelación de Dios, también para nosotros las cruces de la historia, el dolor y el sufrimiento de nuestra gente tienen que decirnos algo sobre el Dios de Jesucristo. Allí podemos preguntar: "Señor quien es el prójimo del que cayó en manos de ladrones"... quizás el samaritano, el que no conocía la ley, pero hizo misericordia con el caído

Será posible que ese Cristo hoy, por la sangre de su cruz, rompa el muro que separa a los hombres en clases antagónicas, para "crear en su persona de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz y reconciliándonos a los dos, todos en un mismo cuerpo por su cruz"? "Ya que en su persona ha venido a destruir el odio, a proclamar la paz, porque en él todos tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu"? (71).

El amor del Señor que arrancó de la miseria a los que no tenían esperanzas, su palabra creadora que llamó a Zaqueo y liberó a Mateo de las cadenas de la riqueza, a Pablo de una imagen de Dios, en cuyo nombre se podía perseguir al otro no podrá renovar por nuestro testimonio y entrega, desde el amor, todas las cosas?

Entre nosotros hay distinciones y odios de clase, desprecio del más débil. Ignorarlo es hacernos ciegos y guías de otros ciegos. Se nos plantea una alternativa. Ahondar más la división entre los hombres, los odios de las clases; o permanecer en nuestra indiferencia ante el dolor de los demás, pedir paciencia a quien sufre, a quien no tiene horizontes en la existencia, afirmando, lógicamente la necesidad de que se nos haga justicia, de que se conserve el buen orden y concierto de las cosas para nuestro provecho. Esto sería renunciar a un amor creativo, capaz de amor al otro

(69) Mt. 1-12; Lc. 6, 24ss.

(70) J. 20, 30.

(71) Efesios 2, 15-18

y de transformarlo en la justicia y en la caridad, sería si seguimos como estamos, seguir viviendo siglos antes de Cristo.

Ser cristianos es sin duda una tarea: hacernos hermanos porque somos hijos de Dios. "Que todos sean uno, como tú Padre estás en mí y yo en tí, que también

ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" "Podremos despojarnos del hombre viejo con todas sus maldades para encontrarnos en Cristo donde ya no hay griego o judío, circuncisión o incircunciso, esclavo u hombre libre, donde no hay sino Cristo, que es todo en todos" (72).

(72) Hebr. 2, 13; Jo. 17, 21; Col. 4, 10-11